

La Caracolera

Él siempre la recordó correteando por la arena dorada, el pelo al viento y con la risa fulgurante. Juntaba caracolas en la orilla y daba saltitos con cada ola que la alcanzaba. Algo de ella le tocaba el alma Ese verano fue el último que el muchachito pasó en aquella playa. Nunca, en ese tiempo, le dirigió siquiera la palabra. Es que no era para él. Él, tan formal, tan niño de familia bien. Ella, tan libre, que juntaba caracolas cuando todas las mujeres se ocupaban sólo de tomar sol y mirar posibles candidatos.

Estudió una carrera tradicional, tal como se lo ordenaron. Se casó y tuvo hijos.

Vivió superficial y mezquinamente, sin alcanzar sus puros sueños juveniles: pintar, recorrer el mundo, amar con pasión irrefrenable, hacer el amor con esa misma pasión.

Y cuando, después de dos divorcios conflictivos, lo volteó el infarto y supo que si se moría ese día, era como si no hubiera vivido, decidió volver a la playa de su infancia.

La caracolera pasó corriendo con la risa fulgurante y el pelo al viento. Se agachaba a juntar caracolas y daba saltitos de alegría cuando la espuma le rozaba los pies como cuando era niña. Sólo que ahora el pelo blanco le rodeaba el rostro como una aureola que la hacía aparecer un ángel niño. Y al girar, su rostro mostraba huellas de la vida vivida, pero con un brillo que le hizo pensar que cada instante lo saboreó y derritió como un dulce en la boca. Entonces él se levantó y le dijo: - Hola, soy Vicente, ¿cómo te llamas?

Y así creyó poder recuperar los sueños perdidos.

El voto

Mi abuela Josefa era como una niña grande. Muy bonita. Con una eterna media sonrisa que la hacía parecer más joven de lo que en realidad era. Mi abuelo Pedro, como la mayoría de los gringos que vinieron del norte de Italia era un hombre alto, gritón, colorado de cara y casi pelirrojo.

En casa de mis abuelos todo se hacía como él ordenaba: la hora en que se levantaban y en la que se acostaban, lo que se comía; no sólo lo que se comía sino hasta lo que había que ponerle al guiso o al puchero. Cuantas papas y batatas; cuantos caracúes, si se tomaba sopa o no, como para que nos demos una idea de cómo eran las cosas por allá.

Mi abuela le obedecía en todo, porque un no equivalía a un largo rosario de gritos y de enojos, de portazos y hasta algún insulto que otro. Todo en la casa marchaba al son de su bastón de mando. Ni una mosca volaba después de que él dictaminaba algo.

A mi abuelo le gustaba la política. Era época de matones que apretaban a los votantes y él como radical acérrimo estaba siempre listo para responder con su cuchillo de carnicero a las provocaciones de los conservadores, o por lo menos eso era lo que contaban.

En cada elección se empilchaba, se calzaba la cuchilla en el cinto y salía para votar.

Hasta que llegó el día del voto femenino. No le gustaba mucho, pero la ley es la ley y había que cumplirla

Él se fue a votar temprano y mientras la abuela Josefa se emperifollaba le dobló cuidadosamente la boleta radical y se la dio ordenándole que la pusiera entera. La abuela no dijo nada y se la guardó en el hueco del corpiño.

A las dos horas cuando volvió él le lanzó un:

-¿Y?

-Todo bien.

Él se tranquilizó y empezó a encender su legendaria pipa. En eso la abuela Josefa se agacha para sacarse los zapatos y se la cae del corpiño la boleta prolijamente doblada.

-¿Qué hiciste Josefa? ¿Qué hiciste?

-Es que a mí me gusta Perón, Pedrito.

Y así quedó registrada en la historia familiar esa desobediencia de la aparentemente dócil abuela Josefa

RESEÑA BIOGRÁFICA

María Celeste López es docente, escritora, periodista. Nació en Alberti, provincia de Buenos Aires, Argentina. Es autora de la letra del Himno a Alberti, establecido como tal por Ordenanza Municipal en el año 1997 con música de Mari Juliá. Ha participado de numerosas Antologías y publicado un libro de cuentos “Raíces” Tiene una larga trayectoria como docente y capacitadora de docentes, actualmente se desempeña en el Nivel Superior y se ha desempeñado como directora y periodista en medios gráficos, televisivos y radiales.